

LA REINA DOÑA BERENGUELA, madre de San Fernando

Al hablar de San Fernando es necesario referirse constantemente a Doña Berenguela, su madre. Todas las maravillosas posibilidades que el cielo depositó en el hijo fueron celosamente cultivadas, llevadas a colmo por ella. Don Rodrigo Ximénez de Rada nos ha descrito esta aconstate vigilia con frase preciosa. Dice así: "La esclarecida e ilustre reina Doña Berenguela cuidó a su hijo con tal cuidado y le instruyó en las virtudes cristianas, que estando ella adornada del cúmulo de todas y ennoblecida con todos los dones del Espíritu Santo, nunca le apartó de su pecho para que al administrarle el puro y cándido néctar se alimentase el niño de las gracias y virtudes de su madre, en cuya prosecución, aun siendo ya Fernando de edad crecida y adelantada, fueron continuas las persuasiones y repetidos consejos para que en todas sus acciones tuviese por blanco el mayor obsequio de Dios y después el gusto de sus vasallos".

Nació reina y consiguió el más difícil triunfo: reinar sobre sí. Siendo una niña le fué conferida la tutela del reino de Castilla, gobernando con la mayor prudencia y entereza en aquellos instantes difíciles, en los que la ambición desatada de los Lara no vacilaba en utilizar cualquier medio con tal de satisfacer sus ansias de poder. Y cuando el arzobispo don Rodrigo Ximénez de Rada le aconsejó ceder la tutela, retiróse a una aldea, satisfecha de la tranquilidad que la cesión le deparaba, sin el menor duelo por la pérdida del mando.

Heredado el reino, tomó posesión sólo durante el tiempo necesario para renunciarle, trasladando, gozosa, a las sien sde su hijo la regia corona. Pero si apartó de sí el aplauso del trono, no lo hizo de las obligaciones que el destino le deparaba. Así, cuando en los primeros años del rey D. Fernando, cuando todos, hasta el mismo padre del monarca, se alzaban contra él, supo apaciguar las revueltas y sosegar las malsanas inquietudes. Cuando los malos actos de un torpe testamento amenazaban robar a su hijo el trono de León, su astucia, su tacto, su delicadeza, supieron rescatarle la corona. El santo rey pudo en todo momento entregarse a la reconquista, porque sabía que en sus estados la entereza de su madre sujetaba con varonil energía las riendas del Gobierno. "Si el vivir eternamente se lograra por méritos, hubiera sido tan eterna en vida como lo será su memoria. Matrona que supo exceder a cuantas venera la antigüedad y fingió la fantasía". Así enjuicia un cronista de la época de Doña Berenguela.

DOÑA BLANCA DE CASTILLA, madre de San Luis

Doña Blanca, hija de Alfonso VIII de Castilla, ha pasado impecablemente a las páginas de la Historia por su conducta como reina y como madre. Si ciñendo la corona supo defender a su hijo en sus más difíciles momentos, venciendo intrigas, sofocando rebeliones, finando guerras, asegurando, en suma, el dominio real en toda Francia, como madre supo dar al príncipe una admirable educación, que hizo de él un rey y un santo.

Doña Blanca cimaba las más altas virtudes femeninas con las excelencias de su valor, su sabiduría y su capacidad. Conocía varias lenguas y tañía hábilmente diversos instrumentos. Quiso ser, y lo fué, la instructora de sus hijos, sin abandonar las atenciones que los asuntos del reino exigían; fué su maestro y constante consejero, extremando este celo en el príncipe llamado a ceñir la corona.

Repetíale constantemente normas del más elevado espíritu y de la mayor utilidad, como no debía abstraerse demasiado en la oración ni sumergirse en el reposo, pues un príncipe debe



BLANCA DE CASTILLA

La mujer en el SANTO



REINA BERENGUELA

Hemos escogido unos cuantos labor n
tres de mujeres que obraron con lección c
to divino, iniciando, alentando, unos no
camino de la suma perfección, propósito
merecieron ser canonizados por aca fem
Difícil es hallar una existencia por la di

ejercitarse en obras que le conquie
la inmortalidad. Advertíale contra
aduladores y le hacía leer la hist
de sus antecesores, extrayendo
ellas la oportuna lección. Hacía
ante él se discutiesen las más ardu
cuestiones, obligándole a dictar
resoluciones en los casos de mag
gravedad. Solía salir al campo con
hijos, mezclándose con las gentes
humildes. Con frecuencia llevábale

visitar hospitales para que viesen de cerca el dolor humano y
acostumbrasen a remediarlo.

Su pesadumbre, al partir Luis IX en la primera Cruzada, l
tan grande, que, resquebrajándose su excelente salud, falleció el
de diciembre de 1252, a la edad de sesenta y cuatro años.

El dolor del rey fué tan grande, al conocer la pérdida de su m
dre, que perdió la conciencia de lo que en su torno acontecía. J
ville, su amigo y biógrafo, refiere con todo género de detalles
pesadumbre del santo y monarca, digno de aquella excelsa mujer.

SANTA MONICA, madre de San Agustín

Modelo de madres y esposas, Santa Mónica, casada con un var
llamado Patricio, de noble cuna, pero no cristiano, consiguió atraer

a la verdadera religión y cambiarle en absoluto su condición áspera y desabrida, que le hacía manifestarse duro con sus familiares y siervos, a los que frecuentemente maltrataba. Para ello, como dice San Agustín, su hijo, "servíale humildemente, hablábale más con sus costumbres que con sus palabras, y sufrió en silencio los oprobios que le dirigía; jamás se enojó con él ni dijo malas palabras, y a todas horas hacía adoración al Señor pidiéndole que le convirtiese". Cuando su esposo estaba malhumorado, y es más, cuando la cólera le arrebató, soportaba en silencio sus imprecaciones, esperando hallarle sosegado para argumentarle con humildad y modestia. Y el esposo fué modelo de cristianos, trocando su natural violento y convirtiéndose en un modelo de varones pacientes y bondadosos.



SANTO